

S. ESTRADA

CRÍTICA LITERARIA

RESPUESTA Á UNA CARTA

DEL

DOCTOR D. NICOLAS AVELLANEDA

SOBRE LOS

VERSOS DE JORJE ISAACS

Y

EL IDEAL DEL POETA

BUENOS AIRES

Imprenta de M. BIEDMA, calle de Belgrano número 135

1877

Sr. Dr. D. Nicolas Avellaneda.

Muy estimable y ático Censor:

La crónica oral, la prensa periódica y el folleto que vd. tuvo la bondad de mandarme, informáronme del contenido de su carta de fecha 11 de Noviembre. Marchitas ya las flores que en ella me envió, extractada su esencia por la gratitud, y guardada en el alma como un tesoro, solo quedan ahora ante mis ojos las espinas de esas flores, que me punzan y pueden herir á quien no las vea ó no esté advertido del peligro. No obstante mi reconocimiento, aguijonéame la duda de si será justa la alabanza de vd., desde que tan exajerado le advierto en la censura. Y reflexiono así, porque recuerdo que Timon ha dicho que para los hombres de origen latino no hay purgatorio, sino cielo é infierno. El término medio, el justo término, les es completamente desconocido.

Voy á hablar á vd. desde el cielo en que me ha colocado su diestra generosa, sobre el poeta á quien su injusta siniestra ha sepultado en el infierno; y si Vd. torna á decirme que Isaacs continuará inédito apesar de mi esfuerzo, me permitirá recordarle que aun cuando los grandes de la tierra condecoran á los artistas que creen dignos de recompensa, los podero-

sos nunca silban á los que tienen en poco. Las posiciones elevadas traban la libertad concedida á los ocupantes del Paraiso en los teatros, que es la única eminencia desde la cual se maneja el pito.

Como en esta ocasion vd. ha puesto un pedazo de carne viva en los puntos de su pluma, mordido han el cebo peces de diverso tamaño y de calidad diversa, y con él han escapado celebrando la hazaña del pescador de voluntades, que les ha satisfecho el apetito con un buen bocado; y sábalo ha habido que con tartamuda lengua ha interpretado las intenciones de Vd., arojando aquellas emanaciones propias, que solo el limon atenúa, sobre las tropicales flores del huerto en que vd. reposa de los públicos afanes. Con entera franqueza me ha hablado vd. en períodos escritos para ser leídos con su entonacion peculiar, porque el movimiento de ellos reproduce el vaiven cadencioso de la péndola; y con entera franqueza voy á responderle en períodos desiguales, poco armónicos, pero que es posible revelen que las cuatro ideas que forman mi capital, están equilibradas por el buen sentido.

Ahora bien: el punto de partida de su carta de vd. es artificioso: para que el coleccionista de las Poesías de Isaacs apareciera como un bonachon, era necesario que hiciera á sus expensas la edicion del libro, y que el poeta fuera un desvalido. Sin lo primero y lo segundo, yo no habria imitado á San Vicente de Paul, y vd. no habria abrazado la adarga de D Quijote, para desfacer un entuerto contra su Dulcinea, que es la poesía coronada de pámpanos y adormideras. Pero es el caso, ingenioso crítico, que en la carátula del libro se dice, con letras gordas, que lo

imprimen Igon hermanos, y que de la Introduccion consta que la primera edicion de las Poesías de Isaacs fué precedida de una carta firmada por trece de los mas afamados literatos de Colombia, que saludaron en él *la aurora* de aquel astro que, poco despues, brilló en *María*, único libro americano, segun la expresion de Caré, que haya regado de lágrimas el espacio que separa el Plata del Cauca. Ya vé vd. como no he gastado un ochavo, y como Isaacs no es un expósito de las letras. Réstame todavía, para terminar la cuestion sobre el artificio de su carta de vd., recordarle que yo no he declarado que Isaacs sea *mi* poeta; pues en las líneas que preceden á sus versos, he confesado que algunos adolecen de incorreccion, y no he afirmado que él fuera cantor de Conservatorio, puesto que he escrito estas palabras: « Hijo de la naturaleza, la ha cantado como en los diversos climas de la tierra la saludan las aves, como la celebran el ibiruajú del Paraguay y el turpial de Jamaica, obedeciendo á secretos impulsos y á inspiraciones misteriosas. » El mismo Isaacs ha apreciado sus Poesías de manera que, sino por estricta justicia, por indulgencia al menos, debiera vd. haber aguado el brevaje que le ha propinado. « Cuando de tarde en tarde hojeo estas páginas, dice, me parece aspirar los aromas del huerto de mis padres, y vuelven á humedecer mis ojos lágrimas de niño. » Isaacs empezaba á vivir cuando escribió sus versos, sencillos como las flores de los canelos. Tal vez dedujo vd. mi ciega admiracion por los versos de Isaacs, de las últimas líneas de mi carta de 1° de Noviembre, en que le pedia que me dijera, « si esas flores,

(las Poesías) eran dignas de aquella tierra en que todo es grande, todo, hasta el crimen.» Las obras del arte, tienen como la mayor parte de las cosas, dos faces. Pueden los versos pertenecer á un género humilde, y contener profunda filosofía ó exquisitos sentimientos; de la misma manera que en un cuerpo pequeño enciérrase algunas veces un alma grande ó una hermosa inteligencia. A esto aludia quien, renglon antes de las palabras copiadas, habia comparado los versos de Isaacs á las flores de la corona de Ofelia, entre cuyos ranúnculos y margaritas, la sublime enamorada habia mezclado inadvertidamente algunos gajos de ortiga.

Partiendo vd. de la falsa base de mi inconsulta admiracion por las obras extrañas, y condenando mi recomendable indiferencia por las propias, olvidó las palabras que le he copiado, y escribió las que voy á ponerle delante de los ojos, por la centésima vez. « Dejemos, dice vd., á S. Vicente de Paul en los hospicios, y no le traigamos al campo de las letras. La abnegacion que se olvida de sí misma, excluye el sentimiento fuerte de la propia personalidad, sin el que nadie se arriesga en el peligroso campo de la produccion literaria. » Imposible es, amable Censor, que San Vicente de Paul no aparezca de cuando en cuando en el campo de las letras, si las letras hablan al siglo de la fecundidad de la accion humana, y de la caridad simbolizada en el pelícano que se desgarrá el pecho para alimentar á sus hijos con la sangre del corazon. La abnegacion propia fué en todo tiempo madre de las grandes empresas y de los grandes sacrificios, realizados en bien y honra de la

humanidad. Ni el egoismo, con la mortífera sombra del manzanillo índico, ni el amor propio, que subordina todo á su complacencia, han suscitado afectos duraderos ó producido obras fecundas. En un libro de crítica, que probablemente serále familiar, como todo lo bello, encontrará vd. una media página consagrada á Vicente de Paul. En ella verá cómo esa abnegacion desinteresada que consumia el corazon del santo, inflamaba la mente del hombre y movia su lengua, hasta el punto de arrancarle discursos, que hace doscientos años arrebataron á las damas de Paris, y que todavía conmueven el alma de las mujeres sensitivas en el mundo entero. La Presidenta de las Damas de Misericordia de Buenos Aires, ha de recordar aquellas memorables palabras con que Vicente de Paul, convertia en madres de los niños abandonados á la Marillac, á la Traversai, á la Miramion, ornamento del hogar francés y gala de los salones de Paris, en momentos en que aumentando los expósitos y escaseando los recursos, amortiguábase la caridad de tan dignas matronas. «Ah! señoras, las decia, la compasion, la caridad, os han hecho adoptar estas criaturas desvalidas por hijos vuestros. Habeis sido sus madres segun la gracia, desde que sus madres segun la naturaleza, las abandonaron. . . . Ved si ahora quereis abandonarlas tambien. . . . Dejad de ser sus madres para convertirlos en sus jueces; su vida y su muerte están en vuestras manos. . . . Voy á recogeros los votos sobre su suerte. . . . Ya es tiempo de que pronuncieis la sentencia y de saber si dejais de ser misericordiosas con ellas. . . .» A estas palabras respondió un lamento arrancado del corazon de Paris, y las «Damas

de la Caridad » propagáronse como el grano de mostaza. ¡Santa abnegacion la de Vicente de Paul! Bendito olvido de sí mismo, producido por el amor del prójimo! Elocuencia arrebatadora no enseñada en las Academias, nunca anticuada, perdurablemente hermosa, insinuante cual ninguna, que trasforma el acerbo dolor en dulce melancolía, y la melancolía en reposo, hasta el punto de que la consolada pena parezca gemela de la dicha soñada!

Buscó vd., doctor, un cómplice de sus opiniones sobre la abnegacion mia, y lo encontró en Pedro Goyena, quien en su sentir, al menos lo supongo, debía acompañarle tambien á firmar la reclusion perpétua de las Poesías de Isaacs en los estantes de Igon. ¿Ignoraba vd., señor, que los pueblos siempre manifiéstanse curiosos de conocer los objetos en que ponen su desden los grandes? ¿Olvidóse de que Goyena aventaja á la mayor parte de los críticos argentinos, en mirar las cosas desde el punto de vista conveniente? Anúnciole antes de pasar á demostrarle que su crítica de las Poesías de Jorge Isaacs y las conclusiones á que ha arribado son injustas, que Pedro Goyena entiende que merezco el aplauso de mis compatriotas por haberles dado á conocer un poeta americano, tierno y amable, cuyas obras pueden servir de correctivo á las exageraciones de forma, fondo y colorido, en que incurren la generalidad de los escritores en verso de estas queridas regiones, donde vd. esposo feliz, escritor laureado, político satisfecho, ciudadano elevado á la Presidencia de la República en tan temprana edad, que sus discursos oficiales le sirven de fé de Bautismo, pretende, por

una anomalía inconcebible. que no es terminacion digna de un poeta cultivar la tierra, porque su mision consiste en cultivar el dolor! ¡Cómo se conoce que vd. habla de oidas! Si alguna vez hubiera experimentado un verdadero dolor, no habria escrito tales palabras. No cultivan el dolor quienes lo experimentan real y verdaderamente. Prodúcelo la adversidad, como produce la tormenta el rayo; y no hay fuerza humana que pueda eludirlo. De esta condicion del dolor del alma, no del dolor literario, emana la simpatía en favor de quien experimenta su avasalladora influencia. ¿Sabe vd. quienes cultivan el dolor? . . . Las plañideras en los entierros de los muertos sin memoria, y los poetas que se empalidecen con vinagre, se revuelven la cabellera con el peine, y se pican la yema de los dedos para escribir epístolas « con la sangre de sus venas. » Si cultivar la tierra no es desenlace para un poeta, menos lo habria sido para políticos como Cincinato, el cónsul romano, y Washington, el fundador de la República en América. Pero la crítica no ha separado al hombre del político ni del poeta; y por eso ha entendido que el trabajo es digno desenlace de la vida excelsa del gobernante y de la brillante carrera del artista; porque él limita las ambiciones y las encierra en su natural esfera, en el primer caso, y en el segundo satisface honestamente las ilusiones del corazon, haciéndole añable la vida, que es odiosa para quien la pasa en claro, levantando deleznales y fantásticos palacios, y solo reposa narcotizándose con los vapores de la buena mesa y los perfumes falsificados del serrallo oriental.

Esta digresion, doctor, ha terminado por traerme

al terreno en que le anuncié que iba á entrar; y era, si no estoy equivocado, averiguar si Jorge Isaacs (de quien vd. ha tomado algunos de los versos mas incorrectos, como modelo de lo mejor, á pesar de que despues confiesa que *La Vuelta del Recluta* encierra algunas bellezas,) averiguar, decia, si Jorge Isaacs es merecedor de su catilinaria. Pero antes de pisar ese terreno, apropósito de su opinion sobre *La Vuelta del Recluta*, y estableciendo las debidas distancias, le copiaré algunas palabras de Lamartine, como modelo de las apreciaciones conocidas vulgarmente con el nombre de *absolutas*. « La inmortalidad de que disfruta el Dante estriba, sobre todo, en los pocos versos del episodio de Francesca de Rímini. Difunto yace, agrega, el poeta de la teología, mas inmortal descuella el del amor. . . . »

Y ahora disculpe mi desaliño, aquel cuya frase páreceme una mujer que no abandona jamás los azahares y las joyas con que se adornara el dia de sus bodas.

He aprendido que la crítica consiste en el juicio de las cosas fundado en las reglas del arte y del buen gusto; que tiene por base el sentimiento íntimo, el análisis y la conciencia de lo bello; que ella importa, en fin, el ejercicio activo, pero discreto, de aquella parte de la ciencia filosófica conceida con el nombre de Estética. « Si el secreto del arte reside, como decia Roscius, en agradar, y esta es la única cosa que el arte no enseña », el secreto de la crítica consiste en enseñar, y esto es lo único que vd. no ha hecho en su carta, aun cuando haya recompensado generosamente mis humildes escritos. El crítico que analiza una obra, debe tener presente el género del trabajo, el mé-

dio en que fué producido, y la idiosincracia del autor. Véole sonreír y óigole replicar que las Poesías de Isaacs no merecian tan árdua fatiga; y sonrío á mi vez, y respóndole, que vd. ha dado lugar al cargo. Solamente los desocupados ó los espíritus lijeros tratan de las cosas de poco momento. Vd. es Presidente de la República y espíritu sério.

En la Introduccion de las Poesías de Jorge Isaacs dije, como vd. recordará, que una parte de ellas pertenecia al género campestre ó pastoril. La poesía lírica destinábase antiguamente al canto, pero en la actualidad conságrase á la lectura, por lo cual los maestros incluyen tambien en el género las bucólicas. La Egloga describe los campos y las costumbres rurales, pero es generalmente la forma del duo de los pastores; el Idilio, mas delicado que la Egloga, consiste en un tierro soliloquio del poeta campesino.

« El tipo del poeta no es la rubia Céres, dice vd., ni el festivo dios Pan, que no inventó la lira, sino el caramillo para asociar sus desapacibles sonos á las tareas rústicas ». El griego Teócrito, el mantuano Virgilio, el latino Horacio, el aleman Gesner, el italiano Tasso, el español Garcilaso, han alzado la cabeza y han hecho una mueca de asombro, mi buen doctor. Horacio cantó la felicidad de aquel que « con sus bueyes cultiva—De usura libre, el suelo que ha heredado; » —y Virgilio ha puesto en boca de Melibeo estos versos, que vd. habrá leído muchas veces en la primera de sus Eglogas: « Tí tiro! tú recostado á la sombra de esa frondosa haya, meditas pastoriles cantos al son del blanco caramillo: yo abandono los confines patrios y sus dulces campos; yo huyo del suelo natal, mientras

que tú ¡oh, Tíiro! tendido á la sombra, enseñas á las selvas á resonar con el nombre de la hermosa Amarilis! »

El género pastoril, como vd. vé, no carece de honrosas tradiciones, puesto que el tronco de su árbol genealógico fórmanlo los primeros cantos del hombre, y sus principales ramas las Eglogas y las Geórgicas de Virgilio.

La historia del arte nos revela una observacion, que vd. ha descuidado al ocuparse de las Poesías de Jorge Isaacs, y que le habria explicado el amor de este por la diosa Céres. Vd. se halla familiarizado con la historia de Colombia, y debe haber averiguado la época en que el autor de *María* empezó su carrera literaria. Pues bien: « Obsérvase, escribe el profesor Cano, que el género pastoril es cultivado en épocas de adelanto y apogeo intelectual, y en aquellas que han seguido á un período de guerras y conquistas, lo cual esplicase por una especie de reaccion y contraste. Despues de un gran refinamiento social, acompañado generalmente de corrupcion de costumbres, los hombres se han complacido en representarse la amable paz de la vida campestre, mas libre de cuidados y de crímenes; pasado el estruendo de los combates, han gustado de recordar el sosiego y bienestar de los pastores, así como cierta ternura y espontaneidad de sentimiento que en ellos suelen encontrarse. Se buscaron entre los personajes del campo amores inocentes, placeres puros y delicados, por oposicion á las miserias, ambiciones é inquietudes de las ciudades! » Oiga vd. un momento á Sileno en la Egloga IV de Virgilio, porque él vá á enseñarnos, en nombre de Apolo, lo que de su cuenta acaba de

decirnos un profesor de literatura. « Mi Musa, cantaba, se estrenó con el verso siracusano, y no se avergonzó de habitar en las selvas. Cuando iba á cantar los reyes y las batallas, Apolo me tiró de la oreja y me dijo: « Títiro, atiende el pastor á apacentar un lucido rebaño y cante versos humildes; por eso ahora cultivaré la poesía campestre al son del blando caramillo, ya que te sobrarán ¡ oh, Varo! quienes aspiren á decir tus loores y á cantar las tristes guerras ». Todo aquel que comprenda los sufrimientos del colombiano, justificará la inclinacion poética de Isaacs, y quien haya calado un poco en las cosas, esplicaráse la aversion de vd. por el género campestre, por medio de estas palabras de un crítico moderno: « La poesía bucólica no puede satisfacer á los pechos agitados por las tormentas sociales ». Cuando pase la agitacion del suyo, relea las Poesías de Jorge Isaacs, cuyo género favorito ha desdeñado vd., sin darse cuenta del momento histórico en que él apareció en Colombia, ni del medio social, ni de las peculiaridades del poeta.

Echa vd. de menos gritos, imprecaciones y gemidos en los versos de Isaacs, y acúsales de no reflejar la naturaleza colombiana. Voltaire pensaba de la cancion algo que puede aplicarse apropiadamente á los versos de Isaacs. « Para sobresalir en este género, escribia, es necesario poseer un talento delicado y sentimental, tener mucha armonía en la cabeza, no elevarse ni bajarse demasiado, y saber no alargarse mucho. » Ciceron en la oracion *Post reditum ad quirites*, demostrando que despues de haber regresado del destierro le eran mas gratas las cosas de que antes disfrutaba, como la compañía de sus amigos, el lujo de Roma, las

perspectivas de Italia, valíase de esta comparación: « Así como la salud causa mas placer al que acaba de salir de una grave enfermedad, que al que nunca estuvo enfermo, del mismo modo todas estas cosas deleitan mas cuando uno ha carecido de ellas por algun tiempo, que cuando las disfrutaba sin interrupcion. » Ha hecho bien Isaacs en no elevarse ni bajarse demasiado, y explícome, despues de leer las palabras copiadas, la causa de la tacha que vd. pone á sus versos. Los napolitanos miran con indiferencia el Vesubio, porque están familiarizados con sus monstruosidades, mientras los viajeros de todo el mundo contéplanle absortos. Cuando las plantaciones de árboles atrajeron el riego de las nubes sobre la ciudad del Cairo, los extranjeros compartian su admiracion entre las fábricas de la arquitectura oriental y los árabes sorprendidos por el fenómeno de la lluvia. Un vendedor de frutas del Mediodía de la Europa, atrae en torno suyo, en Moscow ó Petersburgo, mas curiosos que la persona del Czar.

Cuando la última vez que visité á vd. ví sobre su bufete las Poesías de Isaacs, oprimidas con un tomo de Alfredo de Musset, comprendí que no debia ser acertado el juicio que sobre ellas emitiera, el que iba á juzgarlas desde los puntos de mira del poeta francés. Quien no se dá cuenta de los diversos géneros de pintura y aplica al juicio crítico de las *acuarelas* el criterio con que juzga los lienzos de Miguel Angel, tiene que desdeñar los cartones de los paisajistas ingleses. Aquellos son estudios completos de la naturaleza humana; estos apenas son auxiliares de la memoria y la imaginacion para recordar ó crear un lugar pintoresco.

No se ha escapado á Miguel Angel ni una fibra en el cuerpo de sus héroes, y en la acuarela que contemplamos, el pastor que escala la montaña ha sido representado con tres borrones combinados. Esa ave de paso, diria vd., juzgándola, está formada por dos líneas cruzadas. Es verdad, se le podría responder; pero dése cuenta del género, busque el punto de vista conveniente, y esas dos líneas traeránle el recuerdo de la alada viajera que al declinar el dia vá huérfana, viuda ó desterrada, sin grano y sin nido, á morir de hambre y de fatiga en una playa melancólica y árida. La imaginacion del espectador colabora con el pincel del pintor, y acentúa ó termina su cuadro. No hay género que pueda desdeñarse por pequeño, como no hay en la naturaleza sér alguno que no sea una viviente maravilla. El Dr. Burmeister calificaba un dia á un entómologo de *hombre grande en lo pequeño*; y él mismo desciende de las eminencias de la historia natural, de departir sobre las edades antediluvianas con su milodon, á los valles del reino de la naturaleza, á observar la sorprendente estructura de un mosquito contemporáneo. El mundo invisible, como llamamos á la creacion que adquiere formas al parecer tangibles debajo de la lente biconvexa del microscopio, es tan digno de observacion como el visible universo. El poeta que vd. empequeñece, por la comparacion inaceptable con los maestros de su predileccion, es un pintor de acuarelas. Sus cuadros sencillos, de formas vagas é indecisas, son buenos en el género. Háse llamado á los versos de Isaacs *la aurora de su talento*; y aurora fueron de la inteligencia que brilla en *María* desde el cenit. Tienen los impalpables contornos de las imá-

genes del alba, percíbese al leerlos las emanaciones de los campos, respírase una atmósfera pura, óyese preludios de aves canoras, el murmullo de la fuente llega apagado hasta el oído, asoma en el horizonte el humo de un hogar. . . . Y si se vuelve la hoja y la página es sombría, los versos del poeta colombiano obligannos á pensar en otra hora indecisa, en el triste crepúsculo de la tarde. Vd. no hallará en esa página la sombra acentuada de la noche plena y borrascosa, pero volverá á encontrar al paisajista de la aurora, dibujando con delicada mano las imágenes vagarosas que cruzan los campos, la silueta fantástica del árbol solitario, ó el perfil de la empinada montaña.

Pero es difícil que vd. encuentre mérito de ninguna especie á quien, ni por la gravedad del carácter de Patrono de la Iglesia que vd. inviste, ha perdonado siquiera que tome sobre su conciencia y á lo sério el papel de esposo. ¿Le parece á vd. ridículo que el poeta cante el amor de su esposa, el humilde hogar, la perdida felicidad doméstica, porque se lo imagina sentado junto á Felisa, devanando alguna madeja hilada en la rueca de los campesinos? . . . Vd. escribió en época en que no era Presidente de la República, un hermoso Capítulo que llamábase *El hogar*. Présteme atención un momento, en obsequio á vd. mismo. « La casa, decia, se construye; el invierno pasa, la primavera viene; y al penetrar en la espesura del bosque, se escuchan las palabras inarticuladas de un niño, mezclándose al grito jubiloso de los pájaros » Pues vea vd., á mí no me pareció ridículo que el *pionneer*, el hombre de la selva, dejara el hacha para acariciar al hijo; ni que vd. reprodujera emociones personales,

recordando tal vez haber paseado en brazos á alguno de sus hijos desvelado ó enfermo. Los sentimientos domésticos ocultan para mí tiernísimo encanto, porque he tenido la suerte de que mis padres me amaran; porque lo poco bueno que poseo lo debo á su ejemplo; porque he aprendido en esa escuela que no hay tesoro comparable á una esposa cristiana.

Pero ¿qué estoy diciendo?...Ud. conoce por experiencia propia que «la mujer santa y honesta es, como dice la Escritura, la gracia añadida á la gracia, » y achaco ciertas apreciaciones suyas á la necesidad de no faltar á la lógica, desde que vd. se pretende discípulo de ciertas escuelas literarias.

Ha aseverado vd. que Céres no es el tipo del poeta, y se lo ha representado en Orfeo, descendiendo á los infiernos, venciendo con la lira á las fieras, volviendo á la Tracia y muriendo « despedazado por las bacantes, es decir, por las pasiones bravías que él mismo habia suscitado con sus cantos. » Conviene recordar, señor enemigo de la poesía campestre, que la historia de Orfeo fué narrada por Virgilio en el libro IV de las *Geórgicas*, consagrado á describir las costumbres y propiedades de las abejas. Proteo explica al pastor Aristeo la causa de la epidemia que destruye sus colmenares, y la adjudica á una venganza de Orfeo, cuya peregrinacion al inferno le refiere en magistrales versos. Recuerde vd., señor enemigo de los poetas que llevan sobre su conciencia la condicion de maridos, estas palabras de Proteo : « Él, dice, consolando con la cítara su amorosa pena, á tí, solo á tí, dulce esposa, cantaba en la solitaria playa, al rayar el dia y al caer la noche.» Proserpina devuelve á Orfeo su amada Eu-

rídice; la curiosidad de contemplarla le vence, y vuelve á perderla, arrebatada á su amor por los hados. Desesperado, detiéndose muchos meses á la márgen del solitario Strymion, amansando á los tigres y arrastrando tras sí á las selvas con sus cantos. «Para Orfeo, continúa el narrador, ya no hay amor, ya no hay himeneo que captive su corazón en las heladas regiones hiperbóreas, el nevado Tanais y los campos de Rifeo. Menospreciadas de él, por efecto de aquel grande amor, las mujeres de los Cicones despedazaron al mancebo en medio de los sacrificios de los dioses y de las nocturnas orgías de Baco, y esparcieron sus miembros en los campos; y aun cuando ya el Hebro eagrío arrastraba entre sus ondas su cabeza arrancada del alabastrino cuello, todavía su voz, todavía su helada lengua iba clamando con desfallecido aliento: ¡Oh, Eurídice! ¡Oh, mísera Eurídice! y Eurídice! Eurídice! repetían en toda su extensión las márgenes del río ».

Refiere una tradición, recogida por Marcellus, que «Orfeo, el primer poeta griego que cantó en verso himnos á los dioses, fué hecho pedazos por las mujeres del monte Rhodopo, irritadas porque hablaba de divinidades mayores que las suyas; que arrojada su cabeza al mar, las ondas la llevaron hasta la embocadura del Meleio; que detenida cerca de la pradera donde Critheis dió á luz su hijo, trasmitió su alma y su inspiración á Homero; y que cerca del lugar de su tumba, los ruseñores cantan mas melodiosamente que en otros sitios ».

Que no es impropio celebrar los encantos y el amor de la esposa, pruébanoslo el sabio Salomon en el «Can-

tar de los Cantares », inspirado en la celebracion de las bodas de los judíos; y el sábio Michaëlis, citado por los comentaristas, dice que en ese libro píntase el amor de dos esposos unidos ya de mucho tiempo con el vínculo del matrimonio.

Creo haberle demostrado con su propio Orfeo, que el amor mas digno de un poeta es el de su esposa, y que si se atiende á las leyendas citadas, fué gloriosa su muerte, porque prodújosela el culto severo de un ideal purísimo, que sublevó en contra suya innobles apetitos, desdeñados por el mas excelente de los cantores.

La mision del poeta no consiste en suscitar las pasiones bravías, para morir arrastrando muletas ó víctima del delirium tremens. Si él no tuviera otro objetivo, fugitiva seria la vida del verso. La poesía sensualista, cual la voluptuosa reina del Egipto, reproduce en los corazones que se le entregan, la fascinacion que enervára la virilidad de Marco Antonio; y como Cleopatra, muere destronada y mordida por el áspid que nutrieron los frutos de su propio huerto. Con mas razon que Margarita, la noble poesía puede repetir respecto del supremo bien, al cual debe acercarnos el arte, estas palabras del primer *Fausto*: « Doquiera no esté él, está mi sepulcro; solo donde él reina, reina la vida! ».

Ha insinuado vd. que para ser poeta es necesario morir bajo el desgarramiento de las propias emociones; y en seguida me ha recordado á Byron y á Musset, y la última noche de placer y de vida de Rolla. « Así mueren todos, agrega, desesperados y jóvenes, los que han recibido como un poder mágico

y como un anatema, este *don suicida* de convertir la palabra en gemido. » Tal es, indudablemente la muerte que aguarda á los que, repito sus palabras, « cultivan el *dolor*, la *duda* y la *desesperacion* en su mayor expresion humana. » Pero no puedo admitir, y discúlpeme Vd. la repugnancia, que ninguna criatura reciba del cielo presentes mortíferos. Imagínome que en esta frase háse deslizado un error de imprenta, que es conveniente enmendar. Un *don suicida* seria un don muerto, incapaz de convertir la palabra en gemido. Califiquemos ese don de *homicida*, y apesar de emplear la palabra conveniente, resultará inexacto el pensamiento. ¿Qué es lo que hace ese don maligno? . . . Convierte la palabra en gemido; pues bien el gemido alivia el alma, porque expande el dolor comprimido. . . . Créalo, lector mio, el gemido no mata á los poetas, porque todos gimen y lloran. Averigüe la causa de la prematura muerte de los que vd. cita, y la encontrará en la duda, en la desesperacion, en los vicios. Yo tambien admiro á Lord Byron, pero lo contemplo hermano gemelo del ángel de las tinieblas de Milton, poeta que no murió jóven ni desesperado; le contemplo hermoso, pero caido. Yo tambien admiro á Alfredo de Musset, pero recuerdo continuamente estas palabras de Henry Tayne: « Exigió demasiado á las cosas; quiso beber de un sorbo la vida entera; no la recogió, no la gustó; la arrancó como un racimo; la machucó, la retorció, y quedóse con las manos sucias, y tan sediento como antes. » Todavía mas: conceptúo exacto el siguiente juicio de Lamartine sobre *Rolla*. « Esta obra, dice, es en nuestra opinion, el apogeo del talento poético de

Musset. Pero ¡ qué uso del talento revela ese poema! Un jóven licencioso y de costumbres relajadas, ha disipado su vida, su alma, su fortuna, en algunos años de libertinaje. Corrompido hasta la médula de los huesos, su deseo constante es inficionar toda clase de inocencia que pueda encontrar en su camino, anhelando que su último suspiro arguya un crimen postero, y una desgracia póstuma. A este efecto, compra de una madre infame una pobre víctima sacrificada por la miseria, combinada con la perversidad, y cuando no le queda el menor recurso pecuniario, saborea un infame suicidio en los brazos de la cortesana involuntaria, cuya alma destruye el libertino antes de darle la muerte, legando su cadáver á un lugar de perdicion. » Pues bien: cuando en esa *Rolla* que vd. mira con benignidad, leo estas desoladoras preguntas: « Y qué nos queda á nosotros los deicidas? ¿ Para quien trabajais, estúpidos demoledores, cuando diseais el Cristo sobre el altar? », confiésome que me asoman las lágrimas á los ojos. Y si leo mas adelante: « Los montes han sido nivelados; hállase despejada la planicie; habeis derribado sábiamente el árbol de la vida; todo ha sido arrebatado por vuestros ferro-carriles; grande es todo, todo es bello, pero vuestra atmósfera asfixia! », entonces, doctor, maldigo la enseñanza que pervirtió al desventurado, y prometo á las cenizas de Alfredo de Musset hacer cuanto de mí dependa porque el perfume de sus versos no envenene el alma de la juventud de mi pais.

La poesía y la música compusieron el primitivo idioma del hombre. Ambas artes vincúlense á la pri

mer criatura, á la sociedad primera, á las mas antiguas ciudades, á las civilizaciones mas remotas. Buscar su origen y buscar la primer plegaria elevada á Dios, son dos operaciones que conducen al mismo resultado. «Y á la verdad, pregunta Jugmann, condenando la poesía escéptica, ¿habrá de ser mas sublime, mas digna de perfeccion la rebellion contra Dios, que la mas bella energía del bien? ¿Es posible que el pensar que el hombre puede en razon de su libertad, oponerse á Dios, tenga algo de sublime, y que ese poder se funde en la grandeza del hombre? Triste grandeza el poder divorciarse del supremo bien! Desdichado poder el estar dispuesto á caer el que lo usa, mas bajo que la nada, y en labrarse á sí mismo su propio sepulcro!» « Los vicios, mirados bajo cierto aspecto, pueden, como discurre Taparelli, tener alguna apariencia de sublimidad, capaz de interesar á quien posee mas imaginacion que juicio. Sirvan de ejemplo las impiedades de Prometeo y Ajax, que refiere la fábula, aun cuando la condicion mitológica de los dioses, atenúe en el caso la deformidad del crimen y la vana demencia de la empresa. El sublime verdadero no puede manifestarse en el crimen. » « Por esto, observa Pianciani, citado por Jugmann, el Dante anduvo tan lejos de revestir de sublimidad moral á Lucifer. El Satan de Milton es, si se quiere sublime, desde el punto de vista físico, pero inspira horror moralmente considerado.»

Horacio exigía al poeta «la mente divina», *mens diviniór*, el poder creador, el sublime entusiasmo. Victor Hugo en su canto «El poeta á sí mismo», ha sintetizado de este modo la mision del poeta: «Tú,

poeta inspirado, derrama tus cantos sobre el niño, la doncella y el anciano. Señala el apacible puerto á los que perdieron el rumbo en el mar de la vida; á la tímida vírgen, la inocencia, astro feliz en las revueltas ondas; á las creyentes turbas, los altares que la impiedad cubre en vano con denso velo; el porvenir al jóven; al viejo la inmensa eternidad. Haz que tu razon se infiltre en la humanidad, y que los que piensen encuentren en tí lo que afanosos buscan. Haz que Dios penetre en todo corazon!» La poesía, señor doctor, no se circunscribe al dolor. Goyena nos recordaba en un hermoso artículo, que ella enlaza las tradiciones de los pueblos, ilustra el derecho, revela los misterios de la civilizacion antigua con Homero y Virgilio, ilumina la Edad Media con el Dante, profundiza y sondea el corazon con Shakespeare, y hermana de la religion y de la ciencia, descubre á los hombres el infinito. Y Schiller, citado por vd., preséntala con este pomposo y sábio discurso: «No hay, dice, vínculo ni límite alguno para mí: libremente recorro los espacios. Mi reino es inmenso, y mi alado instrumento la palabra. Cuantas cosas muévense en los cielos y en la tierra; cuanto oculta la naturaleza en el seno de las montañas, debe revelarse y estar patente á mi vista, porque no hay barrera que limite mi libre accion, si bien entre las cosas que puedo cantar, ninguna encuentro mas bella que un alma hermosa, revestida de hermosas formas,»

Vd. que nació poeta, vd. que es oido con cariño, hállese autorizado para encaminar á la juventud en el sendero opuesto al que lleva á la desesperacion y al suicidio. Su propia vida contiene enseñanzas mas

saludables que las que podemos recoger en las páginas de *Rolla*. Huérfano, no le faltó apoyo; desconocido, se abrió camino, salvó las hondonadas, y alcanzó á colocarse en una eminencia del valle de la vida, desde la cual dióse á conocer; pobre, estudió, fué coronado en las aulas, y atesoró el oro que se gana con el noble sudor de la frente; abogado, orador, hombre público, escaló el Poder; no conociendo ni siquiera de vista al lapacho morado, el Dr. Lorentz le ha rebautizado con el nombre de vd.; y para que nada le faltara, dado le ha sido satisfacer á los que habia descontentado, y alcanzar dias tan bonancibles que le permiten agujinear con su pluma un libro de versos, humildes como el Númen que los inspirara. Vd. ha luchado como bueno y ha visto que la vida no es tan amarga como el vinagre y la mirra reservados al Redentor, que la dignificó con su ejemplo y su doctrina. ¿Por qué condensa ahora las nubes de la misantropía, sobre las frentes de los que lo escuchan, vd que no puede hacer otra cosa que bendecir la vida, porque ninguna cosecha se le ha malogrado? ¿Por qué exhala palabras de desaliento, aquel que en los momentos de pasajera prueba, cantó himnos de esperanza, y cual Orfeo de la política, acudió á la lira para propiciarse los corazones endurecidos?... La ponzoña del escepticismo, que saturó los cantos de Byron, fué formada por las heces de la vida, y por eso merece compasion el hombre á quien el poeta escudó un tanto con su génio del desden de la posteridad. Pero créalo vd., no habrá poeta que defienda al hombre que recorra el sendero de Lord Byron, empujado por un escepticismo puramente artístico, inspirado por un dolor cultivado en invernáculo.

La sociedad á cuya cabeza se halla vd., necesita otros ejemplos que los que pueden presentarle los poetas que « mueren jóvenes y desesperados. » Míñala ya el desaliento, y se inclina demasiado hácia los bienes positivos. Empieza la vida, y debe creer, amar y esperar. Una gran virtud tiene: el amor al trabajo. Cultive vd. esa inclinacion en el campo de las letras y de la filosofía, grave en su conciencia «el salmo de la vida» de Longfellow, y enseñele á luchar contra la fatiga del cuerpo y el cansancio del alma, cóntra el sensualismo y la adversidad, y á demandar al cielo luz para vivir, como demandábale Goëthe luz para morir.

Una palabra mas, y termino. El poeta ha descendido á la arena, trayendo en la mano un ramo de rosas con espinas. . . . A él le entrego esta misiva, que vá dirigida tambien al Presidente de la República. Lo dicho no es materia de Memorial, y esta conviccion aliéntame en la esperanza de que S. E. no hará textar la parte en que háblole como consejero oficioso, recordando que él me ha enseñado que la cortésia y las letras aproximan las distancias.

Cuente vd. siempre, atildado poeta, con un lector asídúo, que vivamente desea verle recorriendo con la palabra alada, los vastos dominios del arte, pero éspecialmente el espacio en que alientan las almas hermosas revestidas de carne mortal.

S. ESTRADA.

